

Los mundos maravillosos de Martínez Estrada y Hudson

En su angustiada e infructuosa búsqueda por esa misteriosa clave de la verdadera "argentinidad," después de descartar hombres representativos, caudillos y poetas, profetas de la Pampa, "gauchos" buenos y malos, reales o imaginarios, santos o malditos, legendarios, sombras elusivas o ficciones teatrales, don Ezequiel Martínez Estrada se detiene frente al más natural de los paisanos y más paisano de los naturalistas, Guillermo Enrique Hudson, y nos lo propone, muy seriamente, como lógico candidato para el título de autor y símbolo más auténtico de la "máxima filosofía y la suprema justificación de América frente a la civilización occidental"¹ Ciertamente es que años antes don Ezequiel había expresado sentimientos parecidos con respecto a *Martín Fierro* en su libro más importante, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, pero un análisis cuidadoso del libro que nos ocupa en esta ocasión, *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* nos deja la impresión de que Martínez Estrada, después de todo, hubiera preferido que el ex-paisano que escribió en inglés, es decir Hudson, hubiera escrito el poema máximo gauchesco, en lugar del patricio, político y hacendado que lo escribió, es decir José Hernández.²

Varias son las razones por las cuales *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* aparece como una nota discordante en el concierto literario de Martínez Estrada. La más evidente de todas en el tono que emplea, la forma de tratar a su personaje: él, que mojaba la pluma en acíbar, la moja ahora en espesa miel; él, que castigaba inclemente, es ahora acariciante; la invectiva se convierte en magnánima apología, el ángel vengador, como por obra de milagro, se transforma en ángel de la guardia.

Guillermo Enrique Hudson nació, y pasó los primeros 33 años de su vida en Argentina. Hijo de inmigrantes norteamericanos, fue muy apegado al recuerdo de su madre, que murió cuando él contaba con dieciocho años de edad. La madre siempre consideró a Inglaterra como "home," el terruño; nunca llegó a dominar la lengua castellana e instiló en su hijo Guillermo un profundo sentir de nostalgia por Inglaterra y la cultura inglesa. Para él, el viajar y radicarse en la tierra de sus antepasados se convirtió en una necesidad. Finalmente así lo hizo; adquirió todas las características de un inglés formal, y nunca volvió en persona a su tierra natal. Puesto que, aun en Argentina, siempre había leído y escrito en inglés, continuó haciéndolo hasta su muerte en 1922. Y hasta se cuenta que en su vejez le costaba un poco hablar el castellano.

Pero si la ciudadanía, la lengua y la presencia no fueron para Hudson de mayor importancia, la tierra en que pasó esos primeros 33 años de

su vida, en toda la extraordinaria grandeza de sus características naturales, nunca abandonó la mente del famoso naturalista argentino que escribió en inglés. Argentina como entidad política lo tuvo totalmente sin cuidado, sus pájaros y sus árboles lo acompañaron toda la vida. Hudson escribió varias obras científicas, autobiográficas y de ficción usando el rico bagaje de memorias acumuladas en la primera mitad de su vida en la pampa argentina. Estas memorias reflejan fielmente y están ligadas al medio ambiente natural: los pájaros, las flores, los árboles, plantas, animales, cosas, enseres, accidentes geográficos, episodios de la vida cotidiana, pequeños tesoros de historia, leyendas, etc., que representaban su niñez, su juventud y algo de la madurez temprana del que aprende pronto a valerse por sí mismo en un ambiente hostil. En Hudson todo el énfasis se encuentra en la naturaleza; los seres humanos que encontramos en sus recuerdos se desdibujan y, con muy pocas excepciones (entre las que se cuenta su madre), no alcanzan mayor relieve y se pierden como sombras. Son, casi siempre, accesorios del protagonista principal: la naturaleza. El concepto "tierra patria," que tanto ha preocupado a tantos argentinos, escapa completamente a Hudson.

Frente a este planteo, ¿cómo se explica que Ezequiel Martínez Estrada, que tanto se preocupó por las raíces de la nacionalidad argentina, buscando las razones del desencuentro crónico de sus compatriotas, haya dicho que Hudson era el más representativo de los símbolos de la nacionalidad? Las raíces culturales de Hudson poco tenían de argentino. En sus escritos no revela ningún afecto, y mucho menos sentimientos patrióticos, hacia la tierra en que nació. ¿Puede, seriamente, alguien con tales credenciales ser considerado como ejemplo o símbolo auténtico de una nacionalidad?

Es necesario ir más allá de cualquier explicación simplista. Dejando de lado la perplejidad inicial, trataremos de sondear la paradoja analizando algunos aspectos de *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*. La benevolente postura de Ezequiel Martínez Estrada encuentra alguna justificación si se la interpreta como solidaridad psicológica. Es decir, el irascible temperamento de Martínez Estrada encuentra en el huraño naturalista una afinidad espiritual, un paralelismo de afectos y una coincidencia de valores dignas de su concepción del hombre ideal, del hombre no contaminado. En las circunstancias sociopolíticas en que vivió la Argentina de Martínez Estrada, circunstancias que han continuado empeorando hasta el nivel de lo patético, era necesario salir de lo trillado y familiar, darle un reverso a la visión de Sarmiento, y buscar la base genuina de la nacionalidad no en el europeo que llega, sino en el "argentino" que se va. El hecho de que Hudson está desprovisto de fisonomía nacionalista en lo político y social no sólo no perjudica, sino que favorece la proposición de Martínez Estrada. Hudson no ha sido adulterado ni falsificado por las instituciones oficiales; no ha sido disfrazado ni corrompido por los representantes de esas instituciones. En Hudson, autodidacto como él, Martínez Estrada ve a su otro yo en

un nivel más alto, no muy alejado de la concepción del hombre natural de Rousseau. Para un ser de alma pura, cultura nacional y sentimientos nacionalistas son términos huecos, irrelevantes, desde que es su esencia lo que es netamente argentino. Hudson "miró al gaucho desde adentro y no sólo sus modales exteriores."

Antes de internarnos en ese mundo maravilloso, es necesario apuntar que Martínez Estrada no ha sido el único argentino que consideró a Hudson "más argentino" que José Hernández. En un artículo publicado en *La Nación* del tres de agosto de 1941, nadie menos que Jorge Luis Borges nos dice, entre otras cosas, que "el ámbito que abarca *The Purple Land* es incomparablemente mayor que el de *Martín Fierro*." Y agrega que "el *Martín Fierro* es menos la epopeya de nuestros orígenes que la autobiografía de un cuchillero . . . Quizás ninguna de las obras de la literatura gauchesca aventaje a *The Purple Land*." Cabe agregar que Borges, a diferencia de Martínez Estrada, nunca ha cambiado de opinión.³

Guillermo de Torre, español que quiso ser argentino sin dejar de ser español basándose en simples coincidencias de idiomas, se expresó con cierta condescendencia sobre la tendencia "irrefrenable a la apropiación exclusiva por parte de los países que dan a luz a una figura excepcional," diciendo que Argentina se afana en incorporarse a William Henry Hudson, "literato de lengua inglesa," por la simple temática de alguno de sus libros. Guillermo de Torre, con ese apresuramiento displicente típico que en ocasiones adoptan algunos peninsulares al manejar aspectos culturales latinoamericanos, olvida de un plumazo que Hudson nació, y se pasó los primeros 33 años de la vida en el campo argentino: era un auténtico gaucho, hasta en su ignorancia de la cultura "pueblera." Para más de un personaje histórico 33 años fueron más que suficientes para establecer nacionalidad. Por supuesto que la disputa es baladí, puesto que es una cuestión que más ha ocupado e irritado a argentinos que ha placido o interesado a los ingleses.⁴

Retomando nuestro intento de explicar el inusitado tono afable del usualmente apocalíptico Martínez Estrada, y de interpretar su parcialidad hacia Hudson, es necesario tener en cuenta que, aunque siempre tuvo un gran interés por la historia, la sociología y la política, su interpretación de la realidad fue lírica y temperamental; siempre pesimista, sin conclusiones y con un tono de romántica desesperación. Dice Peter G. Earle en su biografía de Martínez Estrada que, "como poeta y autodidacto, cuyos estudios de filosofía y sociología no ocurrieron en un ambiente universitario, Martínez Estrada se convirtió en un estricto revisionista de la historia y cultura argentinas, expresando en sus conclusiones con respecto al pasado la misma desesperación que varios filósofos alemanes, incluidos entre ellos Schopenhauer, Nietzsche y Thomas Mann, expresaron en su visión del futuro." Como Spengler, Martínez Estrada consideró a la civilización, en el estado de desarrollo en que él la encontró, como en la última etapa, "vejez y muerte," de la cultura.⁵ Esta orientación filosófica le dio a Martínez Estrada una sensación de impotencia, desaliento y futilidad. Actuaba y escribía sus pre-

dicciones con la maldición de Cassandra sobre las espaldas: conocedor del futuro y condenado a que no se lo creyese.

La angustia existencial de Martínez Estrada lo llevó a integrar en su obra todos los aspectos de su vida y sus emociones. Ató, fusionó su existir diario a la experiencia colectiva argentina. Sus cuatro libros más importantes, *Radiografía de la Pampa*, *Sarmiento*, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* y *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, demuestran bien a las claras cuan importante era para él su vínculo con el suelo patrio y su preocupación obsesiva con el concepto de la nacionalidad. Esa íntima unión se personifica en los individuos que gravitan en el centro de tres de estas obras, todos tan distintos y sin embargo, para Martínez Estrada, desdoblamientos de su propia personalidad en distintas direcciones; tres seres solitarios, exilados o alienados de la sociedad. Lo que Martínez Estrada vio en Sarmiento, exilado político indómito, educador y profeta; en Martín Fierro, perseguido gaicho legendario y perseguida leyenda, que no puede callar su pena extraordinaria; y en Hudson, hombre sencillo, amante de los pájaros y de las plantas, defensor de la naturaleza no contaminada por la civilización, fue al Martínez Estrada que pudo haber sido, o al que hubiera querido ser. Es una admiración teñida de nostalgia.

Porque Martínez Estrada siempre creyó que era, porque así lo sentía, un exilado en su propia tierra. De la misma generación que Borges, estaba hecho de una masa diferente. Así como Borges perfeccionó miniaturas, despreciando todo lo que pudiera ser medido, limitado o definido, aun en profundidad, y así como Borges pudo sumergirse en una indiferencia rica en ironía que hizo escuela, capeando así temporales sin sufrir más que uno que otro rasguño donde no le dolía, Martínez Estrada intentó grandes empresas, necesitó de la aprobación de los que lo rodeaban y jamás pudo ser indiferente. Insistía en llevar a cuestras los pecados de sus connacionales. Disidente empedernido, nuevo Sísifo con todo un país en la conciencia, Martínez Estrada siempre estaba cultivando algún enojo en su relación con sus compatriotas. Era un honesto profeta del pesimismo, pesimismo no tan equivocado como muchos lo hubiéramos querido. Y sin embargo, la identificación de fondo que se niega en la forma y en la superficie entre Martínez Estrada y Borges, surge innegable cuando, al comentar la filosofía de Franz Kafka, uno de sus autores predilectos, don Ezequiel nos dice: "Trajo el mensaje de prevenirnos de que vivimos en un mundo que nos es absolutamente desconocido, con seres incomprensibles y regido por leyes caprichosas, absolutamente distintas a las de la física. Es descubridor de un mundo en que el mundo, el universo, está contenido. La nada no existe: todo es presencia y presencia que se devora a sí misma a fin de modificarse y transformarse . . . Hay además en su mundo otra característica del sueño: la falta de solución, o la solución, si es que llega, repentina, absurda e insatisfactoria."⁶

Así encuadrado el pensamiento y la realidad cotidiana de Martínez Estrada, Hudson tuvo para él un significado especial. Es el otro yo inocente, agreste, desinteresado, que ha cerrado el círculo sobre sí mismo;

Hudson ha conseguido lo imposible: huir sin dejar nada atrás, llevándose consigo a sí mismo, a la naturaleza que lo rodeaba, la juventud, todo aquello que valía la pena. Y así lo virtió en letras de molde, intacto, más allá de nacionalismos y lealtades artificiales, para que otros vibraran en esa misma onda por encima de la confusión de Babel. La identidad coincidió en la sustancia, como siempre ha sido el caso con seres humanos auténticos, sin que importe en que lenguaje expresan la misma cosa.

El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson comienza con una descripción de la infancia y los primeros años de Hudson. Desde las primeras frases hay un tono apacible, amistoso e informado que ha de persistir a través de todo el libro. Así nos enteramos de los lugares donde Hudson vivió, de detalles sobre las casas y sus alrededores, del medio geográfico y de algunos detalles sobre la vida de sus familiares. Es evidente que Martínez Estrada ha leído con cuidado todo cuanto salió de la pluma de Hudson, y que, pacientemente, va colocando los diferentes fragmentos de los diferentes textos en un vibrante marco donde la naturaleza está siempre presente, formando con el autor Hudson el inseparable dúo que protagoniza la narración. Cuando aparecen otros seres humanos en el relato adquieren la calidad de intrusos o de simples accesorios o elementos complementarios. Hudson es el único ser con relieve en la historia, y lo es porque es parte de la naturaleza que lo ha asimilado. "El mundo exterior, de incomparable riqueza de motivos para su naciente curiosidad, despierta el ilusorio miraje de las verdaderas maravillas de la naturaleza, árboles y pájaros en bandadas lo capturan para siempre."⁷ El padre de Hudson fue un ingénuo comerciante a quien los reveses de la fortuna y la implacable naturaleza golpearon sin piedad. La madre, única persona a la que Hudson evoca con un dejo de ternura, nunca se adaptó por completo a la nueva tierra ni al idioma, y muere cuando el joven Hudson tiene la salud quebrantada, hecho este que contribuye a solidificar su carácter en un constante y huraño retraimiento. Hudson nunca recuperó por completo la salud, aunque vivió hasta la avanzada edad de 81 años. El muchacho introvertido se convirtió en un hombre taciturno, hosco, sólo a sus anchas en comunión con la naturaleza, con ojos y oídos que servían su pasión de naturalista. Martínez Estrada nos dice que con la muerte de la madre termina la época feliz de Hudson, y que quizás el viaje de Hudson a Inglaterra se haya debido al llamado de la madre, que siempre fue su guía.⁸

Martínez Estrada tiene por Hudson ese afable sentimentalismo que los seres humanos reservan para las plantas, los pájaros y los niños, para lo que representa ingenuidad e inocencia. Hudson, al no estar complicado en el proceso sociopolítico, representaba el reverso de otros argentinos, como ser Sarmiento, a los cuales Martínez Estrada culpaba de excesivamente civilizados y de haber ignorado la realidad argentina en su equivocado celo por europeizar al país. Esa ausencia de inclinaciones políticas o sociológicas hace de Hudson un ser superior. Martínez Estrada nunca le perdonó a Sarmiento lo que él consideraba actitudes

antinacionalistas en su constante afán por cambiar las costumbres y las ideas de los argentinos. Al referirse a la misión de Mansilla, enviada por Sarmiento, a los indios Ranqueles, Martínez Estrada la califica con términos muy duros. Entre otros' felonía, engaño, perfidia, estratagema, son expresiones que demuestran bien a las claras su opinión de esa misión de intenciones dudosas. Para Martínez Estrada, Hudson representa el legítimo pasado, sin dobleces, un retorno a la honestidad, a la cultura con raíces en el suelo patrio. Representa el milagro del niño hecho hombre sin ser corrompido por la sociedad, el adulto que ha conservado lo mejor de la infancia. En la palabras de Martínez Estrada, "Hudson no ha dejado detrás de sí la infancia, sino que la ha conducido cuidadosamente a lo largo de su vida. Todo el genio vive en el asombro, la curiosidad, el intenso entusiasmo por la vida, la claridad y presencia constantes del marco de su experiencias, una infancia inmarcesible. Hudson se mira a sí mismo como un animalito inseguro, corriendo sobre las patas traseras, redondos los ojos de sorpresa, . . . todo es sencillo, ordinario, natural". El de Hudson es un mundo encantado, no hay perfidia, nada de ambición material, nada de aprovecharse de incautos, de los ingénuos seres primitivos, para promover la dudosa causa de una civilización forzada y extraña. Hudson representa lo opuesto: la adquisición de educación por intermedio de la entrega incondicional del individuo a la naturaleza, otra madre en la cual se podía confiar, una escuela de estudios superiores sin intereses creados. Martínez Estrada ve en la actitud de Hudson frente a la naturaleza un reflejo de su propia actitud frente a la sociedad humana. Una y otra vez revela su fascinación con la habilidad de Hudson de salvar incólume le infancia, "llevándola a sus totales posibilidades de desarrollo, sin desnaturalizarla". Como si sintiera con Stefan Zweig la angustia nostálgica de ver como "los niños crecen y se hacen hombres, y en ese cambio pierden lo más dulce que hay en su ser, para entrar en una vida en que lo poético se mezclará con lo convencional, la verdad pura con la mentira inglesa".

De niño Hudson no tuvo juguetes, "ni esos entretenimientos estúpidos" que llevan implícitos la falta de iniciativa. Martínez Estrada observa con aprobación que los juegos del niño Hudson, siendo brutales por la necesidad del medio ambiente natural, no eran corruptores; Hudson no leía sus fantasías, las vivía. Además, Hudson no es un niño cualquiera, es un niño "jubiloso y admirable, de una bondad que no quebran tan los vientos ni los potros, . . . un niño con dulce y comprensiva sonrisa". Un niño que es al mismo tiempo un habitante y parte integrante de "los elementos de la naturaleza: aire, fuego, tierra, agua." Como representante de un amanecer cultural griego o personaje de auto sacramental, una manera de decirnos que la ignorancia de los clásicos es superior en calidad intrínseca, y por ende preferible, a la cultura y valores de los contemporáneos.

¿Cuales eran los contactos que este niño, tan diferente, tenía con los que en apariencia eran sus semejantes? De acuerdo con lo que él mismo

nos dice en sus libros, especialmente en *Allá lejos y hace tiempo*, sus recuerdos son vívidos en lo que se refiere a la naturaleza, animales y plantas, pero se desdibujan cuando se trata de seres humanos. Recuerda con más cariño a "Pichicho," su perro, que a al padre; puede describir un ombú con mayor nitidez y detalles que a los hermanos. Y cuando entraba en relación con sus vecinos era "pensando exclusivamente en los pájaros, y siempre en busca de ellos". No es que no sintiera afecto por sus padres o sus hermanos. Un ejemplo de ello es el episodio en el que incluye al padre, cuando éste entra en contacto directo con su mundo. El padre es entonces parte integrante y aliado, y como tal entra en el relato: "Aquella fue la primera y última vez que vi a mi padre matar a un pájaro . . . Permitía que matasen patos silvestres, . . . lo toleraba siempre que el acto respondiera a una necesidad de la mesa . . . Nunca lo vi más enfadado que cuando, en una ocasión, uno de nuestros visitantes huésped salió con una escopeta y de un tiro derribó una golondrina".⁹

Hudson sabía de la angustia existencial que suele acometer al ser humano de vida interior intensa. La condición de mortal ocupaba con frecuencia sus pensamientos. Al no compartir la candorosa creencia en el más allá que a tantos consuela y apuntala, saboreaba cada minuto de la existencia con deliberada resolución. A este respecto nos dice él mismo que, cuando escucha a personas que proclaman no haber hallado el mundo y la vida tan agradables e interesantes como para enamorarse de ellos, o que ven sin angustia la aproximación de la muerte, se da cuenta que nunca vivieron verdaderamente, es decir que jamás sintieron con intensidad suficiente el mundo que ellos juzgan tan mal. "No vieron nada; ni aún supieron estimar el significado de una brizna de pasto. Sólo sé que mi caso es excepcional," agrega, "y que el mundo visible es más hermoso e interesante para mí que para la mayoría de la gente, que el placer que experimento en mis comuniones con la naturaleza no se ha esfumado nunca, si bien conserva una impresión de felicidad desaparecida, para intensificarse, por contraste, en un dolor presente".

Martínez Estrada, que compartía con Hudson el escepticismo metafísico, aunque expresara sus emociones de manera muy diferente, vio en él la encarnación de su ideal, un ser cuyos valores superaban fronteras; no el producto de un proceso cultural institucionalizado, no al pensador de moda, ni al injerto útil a la causa nacionalista, sino a un ente lleno de vida propia, con raíces en sí mismo, sin finalidad utilitaria sino estética y espiritual. Hudson, como lo fue otro de sus admirados, Quiroga, es hijo, hermano y amigo en la naturaleza. Amante de espacios abiertos, enemigo del alambrado y de lo que el alambrado significaba, Hudson no es inmigrante ni turista, menos aún viajero curioso, sino un vagabundo embelesado en la contemplación y el estudio de su medio ambiente natural, "la naturaleza era para él dios, patria y hogar." En otras palabras, Hudson siempre tuvo fe, amó a su patria y vivió en su hogar sin confines geográficos, teológicos ni políticos. Martínez Estrada asevera que la enseñanza escolar deja estigmas en los niños que se educan en las

escuelas, de modo que Hudson tuvo la buena fortuna de evitar esos estigmas por no haber asistido a instituciones de enseñanza.

En el mundo maravilloso que Martínez Estrada nos describe, el juego, la educación y el trabajo son una y la misma cosa. Es el jardín del Edén redivivo, con la ventaja que la serpiente no representa el mal ni se mete con nadie que no la moleste, y donde los tentadores son los agentes de la civilización, ahora con un fruto del "bien y del mal" perfeccionado y mucho más terrible en sus consecuencias por ser, tal vez, el fruto del verdadero "árbol de la ciencia." Pero también es el mundo donde el dolor es real y el sufrimiento no tiene otra salida que la muerte. Martínez Estrada describe con simpatía las vicisitudes de Hudson en su comunión con la naturaleza, y cómo le afectó la salud. Hudson, genuino hombre de campo, sufrió los rigores de dormir a la intemperie, de arrear ganado bajo la lluvia, de dormir sobre la tierra húmeda y esforzarse hasta el límite en trabajos rudos. El frío de las noches pampeanas con la ropa mojada quebranta su frágil salud y contrae una fiebre reumática. Luego padece una afección cardíaca y pasa muchos días en el lecho de enfermo, ocasión en que algún médico pesimista lo deshaucia. Hudson desmiente el vaticinio médico, se recupera y vive muchos años, pero siempre será de frágil salud. Físicamente incapacitado de hacer trabajos pesados, llevará una vida sedentaria. Para colmo de males, una herida de bala en una rodilla, sufrida durante un accidente de caza, disminuye aún más su precaria salud. Le resulta difícil caminar y se pasa la mayor parte del tiempo a caballo. "Hudson vive a caballo desde los dieciocho años, edad que tenía al morir la madre y abandonar la casa paterna, hasta que parte hacia Inglaterra," lo que ocurre quince años después. Desde que las circunstancias lo impelieron a partir, y el caballo deja de ser el buen compañero de su soledad, la tarea de pensar se le torna penosa a Hudson, agrega Martínez Estrada. Por fortuna lo que le faltaba hacer no era el acopio de observaciones ni las ideas matrices engendradas por ellas, sino transmitir las a los demás. Martínez Estrada apunta que, siendo la acción en su país y en su tiempo un medio de hacer fortuna a costa de enajenar otras sin valor, siempre fue de índole apacible, inclinado a contemplar más que a hacer, y que "su movilidad de vagabundo nato tenía una raíz flotante de asceta y de sedentario." Jorge Casares refuerza esa imagen de Hudson al decir que fue "un gaucho vagabundo que entre los gauchos vivió, y con quienes tenía afinidades hasta físicas." Este argentino a la deriva, versión viviente de don Segundo, representaba un pasado que no quería desaparecer; no se fue con el objeto de "respirar verdadera cultura en Europa," como era y siguió siendo la costumbre de tantos argentinos con pretensiones de patricios. Se fue para seguir siendo él mismo; en lugar de traer lo europeo para cambiar y "mejorar" lo nuestro, en la concepción sarmientina de progreso, Hudson llevó a Europa lo argentino, y lo conservó intacto hasta que lo virtió en sus libros.

Martínez Estrada ve en él a un viejo conocido con quien comparte un mundo de cosas antiguas y sabidas, simples y pequeñas cosas, pero fundamentales. Es en este plano que Martínez Estrada y Hudson coinci-

den plenamente; los une la actitud de rebeldía frente a un mundo artificial preparado por otros, su resistencia a aceptar soluciones ajenas, su desprecio por la condescendencia de los que aceptan a priori la superioridad de lo extranjero y de todo cambio, y su coincidencia en tratar con indiferencia y desprecio las aristocracias culturales. Aunque ambos se hayan expresado con acciones de rebeldía, lo hicieron con métodos diferentes, de acuerdo con su temperamento. Compartieron los principios en que basaban sus rebeliones, eligiendo caminos distintos para reafirmar su reacia disciplina.

Martínez Estrada consideró que la indiferencia es la forma suprema del desprecio cuando se le aplicó a él. Pero para lo que él considera despreciable la indiferencia no formó parte de su arsenal, por el contrario, ataca el mal con armas bíblicas, lo exorcisa, fulmina y anatemiza. Martínez Estrada fue siempre un hombre de reacciones extremas, y en el caso de Hudson busca y encuentra tantas cualidades que llega a idealizarlo. Su elogio peca de exagerado, y por ello priva a Hudson de aquellos pequeños defectos necesarios para que los lectores puedan identificarse con él. Martínez Estrada necesitaba ponerle límites a las cosas superlativas, y es en esto donde difiere fundamentalmente de Hudson, que amaba aquello que no tenía límites ni estaba cercado por alambrados. El gran cariño que ambos le tenían a los pájaros, y la forma en que ambos exteriorizaron ese cariño, nos revela mucho de la personalidad de cada uno. Uno y otro, seres humanos al fin, necesitaron poseer lo que amaban, capturarlo de alguna manera. Martínez Estrada construyó un gran aviario en su casa de Bahía Blanca, que mostraba a sus visitantes con gran orgullo. Hudson, menos materialista y por ello más práctico, los capturó para siempre en sus libros, donde están para que los puedan conocer en el mundo entero. Supo manejar la pluma con tanta maestría que construyó un aviario ante el cual el de don Ezequiel resulta mezquino y cruel. Todos los libros de Hudson han sido, de uno u otro modo, autobiográficos, dejándonos en ellos el testamento de las cosas que tanto placer le dieron. La vida de Martínez Estrada también se encuentra en sus libros, pero él está en otra cosa. Nos habla como maestro de poca paciencia, su preocupación no son las plantas y los pájaros sino los seres humanos y la sociedad. Es en su libro sobre Hudson donde Martínez Estrada nos revela su nostalgia por otro tipo de preocupación, desligada de los quehaceres de la sociedad.

Hudson murió en lo que, para Martínez Estrada, era el destierro, aunque Hudson no lo considerara así. Morir en el destierro, fue una constante preocupación para Martínez Estrada, y así lo afirma al decir de Hudson: "Murió desterrado, conforme al sino del país en que nació, de la sociedad para cuyo trato no había nacido. Amó la luz, los campos verdes, y vio el esplendor del manto de Dios." Es de capital importancia para Martínez Estrada que en la obra de Hudson no haya complicaciones de tipo político o cultural. En Hudson no hay aristócratas ni estadistas, no hay industriales, ni héroes, ni rentistas, ni desposeídos. Hudson halla el modo de embellecer sin retórica ni lugares convenciona-

les en la prosa. Cuánto mayor es su rusticidad, más elevada es su expresión. "Hudson encuentra en el estado primitivo lo que Rousseau hubiera reconocido inmediatamente, ese signo de pureza que Dios da a cuantos no creen en él". Dice Martínez Estrada que para Hudson el placer de dar un vaso de agua al sediento sería mayor que construir una catedral, o llegar a ser primer ministro. En esta afirmación no puede dejar de notarse la presencia de Sarmiento en la mente de Martínez Estrada, en función adversaria.

Pudiera ser que Hudson, hombre de vida interior muy intensa y reservada, y a quien la muerte se le presentó como posibilidad inmediata muy temprano en la vida, haya dejado su tierra natal para detener el paso del tiempo. Al ver su vida cambiada por la enfermedad y su tierra invadida por inmigrantes portadores de ese germen destructor llamado progreso, Hudson buscó en su viaje a Inglaterra la única manera de salvar su niñez y juventud. De tener razón Martínez Estrada, y de ser Hudson en efecto un hombre símbolo de la nacionalidad argentina, justo es reconocer que la premisa que se acepta y la hipótesis que se prueba le tendrían sin cuidado al protagonista principal. Porque, precisamente, lo ridículo e insignificante de esas cuestiones de nacionalidades es lo que con mayor nitidez se desprende de la obra y la vida de Hudson. Sonreímos traviesamente pensando que, si se hubiesen conocido, Martínez Estrada y Hudson no se habrían llevado muy bien. No es demasiado aventurado especular que Hudson hubiera sospechado que don Ezequiel estaba tratando de enjaularlo en una definición.

Y sin embargo, hombres tan diferentes, con maneras tan diferentes de ser argentinos, que no es sino una manera complicada de ser humano, tuvieron muchos más puntos de coincidencia de los que son aparentes en sus libros. Hay un párrafo de Martínez Estrada en el "Prólogo inútil" que escribió para una antología de su obra publicada poco antes de su muerte, que contaría con la adhesión de Guillermo Enrique Hudson: "Yo espero que algún día, si el mundo no es destruido por la ciega codicia de los plutócratas y los tecnólogos, o embrutecido planificada y científicamente a tal grado que sería preferible su aniquilamiento a su supervivencia en la infamia, espero que algún día, repito, mi obra será leída y juzgada con equidad, ante todo como la producción de un artista y un pensador".¹⁰

José Zungri
University of California,
Los Angeles

NOTAS

1. La "argentinidad" como preocupación de muchos autores es objeto de un inteligente estudio de Alberto Zum Felde. Ver *Índice crítico de la literatura hispanoamericana, los ensayistas* (Mexico, Editorial Guaranía, 1954), pp. 447-485.

2. Ezequiel Martínez Estrada, *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (México, Fondo de cultura económica), 1951. Este libro de Martínez Estrada ha sido prácticamente ignorado por la crítica especializada. La única reseña de importancia que hemos podido hallar es la que escribió Fryda Schultz de Mantovani en *SUR*, Nos. 207-208, (enero-febrero de 1952), pp. 110-114. En esta crónica, Fryda Schultz de Mantovani declara que éste es más un documento confesional que el análisis de un ensayista, y que Martínez Estrada se convierte, más que en el biógrafo, en el intérprete y creyente de Hudson. Y agrega que Martínez Estrada penetra en el "Mundo maravilloso" de Hudson y alcanza en él "esa calidad de hondura y de belleza que hace a las obras humanas inolvidables."

3. Borges repitió y amplió ese juicio en *Otras Inquisiciones*, (Buenos Aires, Emecé, 1952), pp. 193-198. Emir Rodríguez Monegal nota que Borges ya había comentado sobre la importancia de Hudson en el número de noviembre de 1925 de *Proa*. Ver Emir Rodríguez Monegal, *Jorge Luis Borges, A Literary Biography*, (New York, Dutton, 1978), p. 294.

4. Guillermo de Torre, *Vigencia de Rubén Darío y otras páginas*, (Madrid, Ediciones Guadarrama, 1969), p. 35.

5. Peter G. Earle, *Prophet in the Wilderness*, (Austin, Texas, The University of Texas, 1971), p. 6.

6. Ezequiel Martínez Estrada, *Antología*, (México, Fondo de cultura económica, 1964), p. 197.

7. *El mundo maravilloso* . . . p. 13.

8. *Ibid.*, p. 32.

9. Guillermo Enrique Hudson, *Allá lejos y hace tiempo*, (Buenos Aires, Editorial Pedernal, 1954), p. 87.

10. *Antología*, p. 19.